



## En el que las sombrillas demuestran ser objetos de gran utilidad

La señorita Alexia Tarabotti no estaba disfrutando en absoluto de la velada. Los bailes privados eran poco más que entretenimientos mundanos para solteras, y la señorita Tarabotti, aunque seguía soltera, no solía disfrutar de ellos. Dicho y hecho: al poco de empezar el baile, se retiró a la biblioteca de la residencia, sin lugar a dudas su estancia favorita en cualquier casa, donde se encontró con la presencia inesperada de un vampiro.

Ambos se miraron fijamente.

El desconocido reaccionó como si, con semejante encuentro, mejorase la opinión que tenía del baile de forma considerable. Allí estaba aquella damisela, sin acompañante que la protegiera, y ataviada con un hermoso vestido de cuello bajo.

Así las cosas, era evidente que el vampiro desconocía un pequeño detalle que podía resultarle altamente dañino, a saber, que la señorita Tarabotti había nacido sin alma, lo cual, y esto era algo que cualquier vampiro de buena familia sabía, la convertía en una persona a evitar siempre que fuese posible.

Nuestro vampiro, ajeno al peligro, avanzó hacia ella, emergiendo de entre las sombras de la biblioteca con



los colmillos preparados y dispuesto con la más oscura de las intenciones. Desgraciadamente para él, en el preciso instante en que sus cuerpos entraron en contacto, toda la oscuridad de sus intenciones se desvaneció en la nada. Allí estaba él, de pie frente a nuestra heroína, con el suave murmullo de las notas de un cuarteto de cuerda sonando a lo lejos, hurgándose estúpidamente la boca con la punta de la lengua en busca de unos colmillos que habían desaparecido como por arte de magia.

La señorita Tarabotti, en cambio, no se sorprendió lo más mínimo; aquellos que, como ella, nacían sin alma poseían la habilidad de neutralizar los poderes sobrenaturales. Observó al vampiro con gesto severo. Ciertamente, el común de los mortales solo vería en ella a una más de las numerosas mojigatas que poblaban las victorianas calles de la capital, pero, ¿era posible que aquel hombre no se hubiese molestado en leer el listado oficial de anormalidades que sucedían en Londres y alrededores y que la comunidad de vampiros tenía a bien publicar de forma periódica?

El vampiro recobró la compostura con una prontitud pasmosa. Dio un paso atrás, llevándose por el camino un carrito de té cercano. Una vez roto el contacto físico, sus colmillos reaparecieron y, como no parecía ser el más afilado de los dientes del tenedor, se abalanzó de nuevo sobre la señorita Tarabotti con la agilidad de una serpiente, dispuesto a procurarse el festín de su vida.

—¡Cómo se atreve! —le increpó Alexia—. ¡Ni siquiera hemos sido debidamente presentados!

La señorita Tarabotti nunca había sufrido el ataque de un vampiro hambriento. Obviamente, conocía a uno o dos, y mantenía una relación cordial con Lord Akeldama. ¿Acaso había alguien capaz de no mostrarse cordial con Lord Akeldama? ¡Pero aquella era la primera vez que un vampiro intentaba alimentarse de ella!

De modo que Alexia, que aborrecía la violencia, se



vio obligada a sujetar al truhán por los agujeros de la nariz, una zona siempre delicada y, por tanto, también dolorosa, y empujarlo hacia un lado. El vampiro tropezó con el carrito de té que yacía en el suelo, perdió el equilibrio de un modo asombrosamente falto de gracia para un vampiro y se precipitó al suelo, aterrizando sobre una porción de tarta de melaza y su correspondiente plato.

La señorita Tarabotti se sintió afligida ante semejante despropósito. Sentía un apego especial por la tarta de melaza, y había esperado pacientemente el momento de llevarse a la boca precisamente aquella delicia. Cogió su sombrilla. Asistir con ella al baile había sido una falta de gusto imperdonable, pero la señorita Tarabotti raramente salía de casa sin ella. El accesorio respondía a un diseño del que ella misma se declaraba culpable: negro, con volantes y pequeños pensamientos de un brillante satén color púrpura cosidos primorosamente, armazón de latón y sólido perdigón de plata coronando la punta.

Golpeó al vampiro en lo alto de la cabeza con la sombrilla mientras este intentaba poner fin a su recién estrenada intimidad con el carrito de té. El perdigón otorgó a la sombrilla de latón la solidez necesaria para impactar sobre su objetivo con un delicioso y satisfactorio golpe sordo.

—¡No descuide sus modales!—exclamó la señorita Tarabotti.

El vampiro aulló de dolor y se sentó de nuevo sobre la tarta de melaza.

Alexia aprovechó la ventaja y clavó con saña la punta de su sombrilla entre las piernas del vampiro. El desgraciado volvió a aullar, esta vez unas octavas más alto, y se encogió en posición fetal. Pese a que la señorita Tarabotti era una jovencita inglesa decente y respetable, siempre y cuando no se tuviera en cuenta su ausencia



de alma y la ascendencia medio italiana, dedicaba más tiempo que otras jóvenes montando a caballo y caminando, y por ese motivo era más fuerte de lo que cabría esperar.

La señorita Tarabotti dio un salto hacia delante —hasta donde le permitían las tres capas de enaguas, el polisión y la falda de volantes de tafetán— y se inclinó sobre el vampiro, que se sujetaba las partes pudendas entre retorcijones y lamentos. El dolor no duraría mucho dada su habilidad sobrenatural para curarse pero, hasta entonces, la intensidad del sufrimiento era indiscutible.

Alexia extrajo una larga varilla de madera de su elaborado recogido y, sonrojándose ante su propia osadía, rasgó el frontal de la camisa del vampiro, de un tejido barato y en exceso almidonado, y le apuntó al pecho, justo sobre el corazón. Era aquella una varilla particularmente larga y afilada. Con la mano que le quedaba libre, se aseguró de tocarle el pecho, puesto que solo el contacto físico anularía las habilidades sobrenaturales del vampiro.

—Desista de emitir tan horribles sonidos —le ordenó a la criatura.

El vampiro dejó de ulular y permaneció completamente inmóvil. Sus hermosos ojos azules se llenaron de lágrimas ante la visión de la varilla de madera, «estaca para el pelo», como a Alexia le gustaba denominarla, directamente sobre el corazón.

—¡Explíquese! —exigió la señorita Tarabotti, aumentando ligeramente la presión.

—Le pido mil disculpas. —El vampiro parecía confundido—. ¿Quién es usted? —Con suma cautela, se llevó una mano a la boca en busca de sus colmillos. Habían desaparecido.

Alexia apartó la mano para dejar su postura perfectamente clara (manteniendo, eso sí, la afilada varilla del



pelo en la misma posición), y el vampiro recuperó al instante los colmillos.

—¿Qué clace de cer ez uzted?—exclamó este sorprendido—. Creí que no era más que una dama zola. Tendría todo el derecho del mundo a alimentarme de uzted ci ez que alguien hubiece cometido la ozadía de dejarla tan claramente dezatendida. Dizcúlpeme, no era mi intención —ceceó como pudo entre los colmillos con una expresión de absoluto terror en sus ojos.

—No hay razón para ser tan dramático —respondió Alexia, conteniendo a duras penas la risa—. La reina de su colmena le habrá hablado de los de mi especie. —Volvió a colocarle una mano sobre el pecho y los colmillos del vampiro desaparecieron de nuevo.

El vampiro la miró como si, de pronto, a Alexia le hubieran salido bigotes y hubiese resoplado.

La señorita Tarabotti estaba sorprendida. Las criaturas sobrenaturales, ya fueran vampiros, hombres lobo o fantasmas, debían su existencia a la abundancia de sus almas, un exceso que les impedía morir. Muchos sabían de la existencia de seres como la señorita Tarabotti, nacidos sin rastro de alma. La siempre estimable Oficina de Registro Antinatural (ORA), una división más en el seno de la Administración Pública de Su Majestad la Reina de Inglaterra, se refería a ella misma, y a los de su misma condición, con el apelativo de preternaturales. A Alexia le gustaba la dignidad del término, tan lejos de los adjetivos, siempre menos elogiosos, que los vampiros utilizaban para referirse a ella. Y es que, antaño, los preternaturales habían sido los encargados de darles caza, y nuestros amigos, además de grandes colmillos, estaban dotados de una memoria. La gente normal, aquella que vivía a la luz del día, aún permanecía en las tinieblas, por así decirlo, en lo referente a estas cuestiones. Sin embargo, cualquier vampiro que se enorgulleciera de serlo sabía reconocer el tacto de un preter-



natural, y la ignorancia del que nos ocupa actualmente resultaba, por tanto, inaudita.

—Soy una preternatural —dijo Alexia como quien se dirige a un niño pequeño.

El vampiro parecía desconcertado.

—Claro, claro —asintió, sin acabar de comprender lo que estaba ocurriendo—. De nuevo le pido que acepte mis disculpas, bella dama. Encantado de conocerla. Es usted mi primera... —se detuvo un instante, incapaz de pronunciar la palabra— preternatural. —De pronto, frunció el ceño—. Ni sobrenatural, ni tampoco natural, pero... ¡Por supuesto! ¡Qué estúpido por mi parte no haber apreciado antes la dicotomía! —Entornó los ojos con un destello de astucia y observó tiernamente el rostro de Alexia, ignorando deliberadamente la varilla que esta sujetaba contra su pecho.

La señorita Tarabotti conocía a la perfección el alcance de sus armas de mujer. El cumplido más amable que su rostro jamás cosecharía era «exótico», no «bello», y lo cierto es que nunca se había hecho merecedora de ninguno de los dos. Supuso que los vampiros, como el resto de depredadores, se convertían en seres adorables al saberse acorralados.

Las manos del vampiro salieron proyectadas hacia su cuello. Al parecer, había decidido que si no podía chuparle la sangre, la estrangulación era una alternativa más que aceptable. Alexia trató de apartarse, presionando al mismo tiempo la varilla contra la blanquecina carne de la criatura. La punta penetró apenas un centímetro. El vampiro reaccionó con un movimiento desesperado que, incluso privado de su fuerza sobrehumana, fue suficiente para que Alexia perdiese el equilibrio, ya de por sí precario sobre los tacones de sus zapatos de baile, y cayera de espaldas al suelo, momento que aprovechó el vampiro para ponerse en pie, rugiendo de dolor y con la varilla clavada en el pecho.



La señorita Tarabotti buscó desesperadamente su sombrilla mientras rodaba sobre los restos del carrito de té sin demasiada elegancia, con la esperanza de no manchar su vestido nuevo con los restos de comida que seguían esparcidos por el suelo. Cuando finalmente la encontró, se puso en pie de un salto y dibujó con ella un amplio arco, con la mala suerte de que la punta del accesorio fue a impactar contra el extremo de la varilla, clavándola sin remedio en el corazón del vampiro.

La criatura se quedó inmóvil, con una intensa expresión de sorpresa dibujada en su bello rostro, y luego cayó de espaldas sobre la maltratada tarta de melaza, desplomándose con la flaccidez de un espárrago cocinado en exceso. El blanco alabastrino de su piel dio paso a un gris amarillento más propio de un enfermo de ictericia que de un vampiro. Un segundo después, su cuerpo quedó completamente inmóvil, algo a lo que los libros de Alexia se referían como fin del ciclo vital vampírico o *desanimación*. La señorita Tarabotti, a quien el proceso le pareció sorprendentemente parecido a un *soufflé* deshinchándose, decidió en aquel preciso instante bautizarlo con el nombre del Gran Colapso.

Alexia se dispuso a abandonar la biblioteca como si no hubiese ocurrido nada, aunque aquello significara renunciar a su mejor varilla para el pelo y a una más que merecida taza de té, así como a una cantidad considerable de dramatismo. Por desgracia, un pequeño grupo de dandis hizo su aparición justo en aquel preciso momento. Qué había llevado a aquellos caballeros, jóvenes apuestos y vestidos a la última moda, a una biblioteca como aquella, era todo un misterio. Alexia supuso que la explicación más razonable era que se habían perdido buscando el salón de juego. Fuera como fuese, no le quedó más remedio que fingir que también ella acababa de descubrir el cuerpo sin vida del vampiro. Resigna-



da, se encogió de hombros, gritó y se desplomó víctima de un presunto desvanecimiento.

Y permaneció de aquel modo, completamente inmóvil. De nada sirvió la abundante aplicación de sales aromáticas que le llenaron los ojos de lágrimas; tampoco reaccionó al sentir un calambre en la parte trasera de una rodilla; ni siquiera la certeza de que su nuevo vestido de baile acabaría irremediablemente arrugado, con su fino tejido verde dispuesto en capas siguiendo la última moda para complementar a la perfección las formas del corpiño, fue suficiente para arrancarla de su fingido desmayo. A su alrededor se sucedieron los sonidos esperados: una cantidad nada desdeñable de gritos, mucho ajeteo y algún que otro sonido de vajilla cuando una de las doncellas de la casa recogió los restos del servicio de té.

Y, de pronto, Alexia oyó el sonido que había estado esperando, debatiéndose entre la excitación y el espanto. Una voz autoritaria vació la biblioteca de dandis y otros elementos varios allí congregados tras el fatal descubrimiento. La voz ahuyentó a los presentes con un «¡lárguense de aquí!» seguido de un «yo me ocupo de interrogar a la señorita» en un tono que no dejaba lugar a la negativa.

Se hizo el silencio en la biblioteca.

—Escúcheme bien, si es necesario utilizaré algo mucho más fuerte que sales aromáticas—gruñó la voz junto a la oreja izquierda de la señorita Tarabotti. Era grave y teñida de un leve acento escocés, suficiente para que Alexia tuviera pensamientos primitivos sobre lunas y praderas solitarias por las que correr hasta la extenuación. Eso si hubiese tenido un alma, claro está. Como no era así, suspiró exasperada y se incorporó.

—Buenas noches tenga usted también, Lord Maccon. ¿No le parece que estamos teniendo un tiempo adorable para esta época del año? —respondió Alexia re-



tocándose el peinado, que amenazaba con deshacerse sin la varilla que le faltaba. Luego miró a su alrededor con disimulo en busca del lugarteniente de Lord Conall Maccon, el profesor Lyall. Lord Maccon solía mostrarse mucho más calmado en presencia de su beta, y es que aquella parecía ser precisamente la función de un beta, en especial uno al servicio de Lord Maccon—. Ah, profesor Lyall, me alegro de volver a verle —exclamó Alexia, sonriendo aliviada.

El profesor Lyall era un caballero delgado y de rubia cabellera, de edad indeterminada y trato agradable, en proporciones inversas, todo sea dicho, a la acritud de su alfa. Le devolvió la sonrisa a Alexia y se quitó el sombrero, de diseño elegante y forrado con la tela más adecuada. El pañuelo que llevaba al cuello a modo de corbata era de una sutileza semejante, puesto que, a pesar de haber sido atado con mano experta, el nudo era de factura más bien modesta.

—Señorita Tarabotti, un placer disfrutar de nuevo de su compañía.

—Deje de seguirle la corriente, Randolph —intervino Lord Maccon. El cuarto conde de Woolsey superaba en complejión al profesor Lyall y lucía el ceño fruncido casi de forma permanente, o al menos lo hacía en presencia de la señorita Tarabotti desde el día del incidente con el erizo (del que ella no había tenido la culpa). Lord Maccon también tenía unos atractivos ojos leonados, una hermosa cabellera color caoba y una nariz particularmente agradable, y eran precisamente aquellos ojos los que ahora la observaban desde tan íntima distancia.

—¿Por qué será, señorita Tarabotti, que cada vez que he de resolver un problema en una biblioteca, usted está siempre presente? —preguntó el conde.

Con una mirada furibunda, Alexia se alisó la falda del vestido de tafetán verde en busca de manchas de sangre.



Lord Maccon la observó detenidamente con una mezcla de interés y admiración. Por mucho que la señorita Tarabotti se mirase cada mañana en el espejo con un grado considerable de censura, lo cierto era que no había nada extraño en su fisonomía, y así podía atestiguarlo Lord Maccon, quien, con mucha menos alma de la que poseía y algunos impulsos de menos, podría haber ignorado tan apetecible obviedad. Claro que era ella misma quien se ocupaba de arruinar su propio atractivo cada vez que abría la boca. En opinión del conde, aún no había nacido mujer más verbalmente irritante que aquella.

—Adorable pero innecesario —añadió Lord Maccon, refiriéndose a los esfuerzos de la señorita Tarabotti por limpiar la falda de su vestido de unas manchas de sangre inexistentes.

Alexia era consciente del poco tiempo que había pasado desde que Lord Maccon y sus semejantes habían sido civilizados. No se podía esperar mucho de ellos, sobre todo en circunstancias tan delicadas como las de aquella extraña velada. Claro que aquella norma no podía aplicarse al profesor Lyall, pensó Alexia, puesto que el beta siempre se comportaba con una rectitud envidiable.

Lord Maccon frunció aún más el ceño.

La señorita Tarabotti consideró la posibilidad de que aquel comportamiento carente de todo sentido del decoro fuese exclusivo del conde. Según algunos rumores, hacía poco que residía en Londres, adonde se había mudado desde la incivilizada Escocia.

El profesor tosió discretamente para llamar la atención de su alfa, quien le devolvió una mirada tan intensa que bien podría haber provocado un incendio en la sala.

—¿Sí?

El profesor Lyall se había inclinado sobre el vampiro y examinaba la varilla de madera con sumo interés, pal-



pando con el dedo el contorno de la herida y protegiéndose la mano con un pañuelo de lino blanco.

—Una herida limpia, sin duda. Apenas ha habido pérdida de sangre. —Se inclinó aún más sobre el vampiro y lo olió—. Westminster, sin duda.

El conde de Woolsey parecía comprender las palabras de su subordinado.

—Debía de estar hambriento —respondió, mirando fijamente el cadáver del vampiro.

El profesor Lyall le dio la vuelta al cuerpo.

—¿Qué ha sucedido aquí? —preguntó, y rescatando unas pinzas de madera del bolsillo de su chaleco, manipuló con ellas la parte trasera de los pantalones del vampiro. Se detuvo y rebuscó en los bolsillos de su abrigo hasta encontrar una diminuta caja de piel. La abrió y extrajo de ella un curioso artilugio que a Alexia le recordó el efecto tridimensional de unos ojos saltones. El artefacto, plagado de pequeñas palancas y botones, era dorado y constaba de múltiples lentes en uno de sus lados, separadas por un líquido indeterminado. El profesor Lyall colocó el ridículo objeto sobre su nariz y se inclinó de nuevo sobre el vampiro, manipulando los botones con mano experta.

—¡Cielo santo! —exclamó Alexia—, ¿qué es eso que tiene en la cara? Parece la descendencia descarriada de unos prismáticos con unos gemelos. ¿Cuál es su nombre? ¿Binópticos? ¿Espectomáticos?

El conde no pudo reprimir una carcajada que luego trató de disimular.

—¿Qué le parece optifocales? —sugirió, incapaz de no aportar su granito de arena y con un brillo en los ojos que a Alexia le pareció un tanto inquietante.

El profesor Lyall levantó la vista del cadáver y los observó indignado. Su ojo derecho había adquirido unas proporciones tan espantosas que Alexia no pudo reprimir una mueca de asombro.



—Lo que ven ante ustedes son mis lentes monoculares de aumento cruzado y dispositivo accesorio de modificación de espectro, y su valor es incalculable, de modo que les agradecería que no se mofaran de ellas con tanta ligereza —dijo, para acto seguido concentrarse de nuevo en la tarea que tenía entre manos.

—Vaya —exclamó la señorita Tarabotti impresionada—. ¿Cómo funcionan?

El profesor Lyall la miró más animado.

—Verá, en realidad es muy interesante. Accionando esta palanca de aquí, se puede cambiar la distancia entre estos dos cristales, permitiendo así que el líquido...

El conde interrumpió las explicaciones de su segundo con un gruñido.

—No le provoque, señorita Tarabotti, o nos tendrá aquí toda la noche.

Ligeramente cabizbajo, el profesor Lyall concentró de nuevo sus esfuerzos en el vampiro.

—¿Qué es esta sustancia que cubre toda su ropa?

Lord Maccon, siempre propenso al acercamiento más directo, frunció de nuevo el ceño y miró a Alexia con gesto acusatorio.

—Por los clavos de Cristo, ¿se puede saber qué es esa porquería?

—Ah. Desgraciadamente no es más que tarta de mela-za —respondió la señorita Tarabotti—. Una pérdida trágica, si se me permite. —Su estómago eligió aquel preciso instante para expresar su acuerdo con un sonoro gruñido, a lo que nuestra heroína habría respondido sonrojándose primorosamente si su complexión no fuera la de una «italiana impía», en palabras de su propia madre, incapaz de sonrojarse, ya fuese con primor o sin él. (Convencer a su madre de que el cristianismo, a efectos prácticos, había surgido en tierras italianas, convirtiéndose así a sus habitantes en exactamente lo opuesto a impíos, era una pérdida tanto de tiempo como de aliento.)



Alexia se negó a disculparse por el bullicio de sus tripas; por el contrario, miró a Lord Maccon a los ojos con actitud desafiante. Su estómago era la principal razón por la que se había escabullido del baile. Su madre le había asegurado que allí se serviría comida y, sin embargo, lo único que le habían ofrecido a su llegada había sido una copa de ponche y unos tristes berros, marchitos y sosos. Siempre predispuesta a no dejarse vencer por las inclinaciones de su estómago, Alexia había ordenado un servicio de té al mayordomo de la casa y después se había retirado a la biblioteca. Por norma general, solía dedicar tales eventos sociales a merodear por las afueras de la pista de baile, tratando de aparentar su falta de inclinación por la danza, de modo que el té suponía una alternativa más que bienvenida. No era apropiado ordenar refrigerios al personal ajeno pero, cuando tras la promesa de sándwiches lo único que se recibía eran berros, se hacía comprensible que cada uno se ocupara del problema por sí mismo.

El profesor Lyall, alma cándida donde las hubiera, prosiguió con las explicaciones sin dirigirse a nadie en particular y fingiendo no haber oído el gruñido de su estómago, aunque, por supuesto, sí se había percatado. No en vano poseía un oído privilegiado, como el de todos los de su especie. Levantó la vista del cuerpo del vampiro, el rostro deformado por los optifocales.

—Una inanición extrema explicaría por qué este vampiro estaba lo suficientemente desesperado como para atacar a la señorita Tarabotti en pleno baile en lugar de acudir a los barrios bajos, que es lo que, llegados a tal extremo, hacen sus camaradas más avispados.

Alexia hizo una mueca.

—Tampoco pertenece a ninguna colmena.

Lord Maccon arqueó una de sus oscuras cejas con la pretensión de ocultar su sorpresa.

—¿Cómo puede usted saber eso?



El profesor Lyall decidió desgranar las explicaciones él mismo.

—No había necesidad de ser tan directo con la señorita Tarabotti. La reina de una colmena no permitiría que uno de los suyos degenerara hasta semejante estado de inanición. Debe de tratarse de un vampiro errante, sin conexiones con ninguna colmena local.

Alexia se puso en pie y Lord Maccon descubrió entonces el cojín sobre el que la joven había estado descansando, después de desmayarse estratégicamente sobre él. En sus labios se dibujó una sonrisa, que un segundo después dio paso a un gesto de concentración al saberse descubierto por la joven.

—Yo tengo otra teoría —intervino esta, señalando la ropa del vampiro—. ¿Camisa barata y pañuelo mal anudado? Ninguna colmena que se precie permitiría que una de sus larvas apareciera en público sin vestir adecuadamente. Me sorprende que nadie le detuviera en la entrada. El lacayo de la duquesa debería haber sido capaz de detectar semejante despropósito antes de las presentaciones y haber expulsado del baile a su dueño. Imagino que es difícil dar con un buen servicio, ya que en los últimos tiempos los mejores se han convertido en zánganos. Pero, ¡esa camisa!

El conde de Woolsey la observó detenidamente.

—Que alguien vista ropa barata no es excusa para matar a un hombre.

—Mmm, esa es su opinión. —Alexia evaluó la camisa perfectamente planchada de Lord Maccon y el exquisito nudo de su pañuelo. Su oscura cabellera era demasiado larga y rebelde para estar *demodé*, y en sus mejillas asomaban los primeros indicios de una barba incipiente, pero poseía suficiente altanería como para salir airoso de tanta rudeza de clase baja sin parecer desaliñado. Alexia estaba convencida de que aquel pañuelo negro y plateado había sido anudado contra la voluntad de su



dueño, quien probablemente prefería deambular por su casa con el pecho descubierto. La idea no dejaba de ser turbadora. Sin duda, se precisaba de grandes esfuerzos y mucha dedicación para mantener a un hombre como aquel perfectamente aseado, por no hablar de su vestuario, dada su corpulencia, superior a la de la mayoría de caballeros; todo mérito de su ayuda de cámara, pensó Alexia, quien también parecía ser un sirviente particularmente tolerante.

Lord Maccon acostumbraba a ser un hombre paciente. Al igual que muchos de los suyos, no había tenido más remedio que aprender a serlo por exigencias de la sociedad. Aunque la señorita Tarabotti era capaz de despertar sus instintos más primitivos.

—No intente cambiar de tema —le espetó él con sequedad, sonrojándose bajo el atento escrutinio de la joven—. Explíquenos lo sucedido. —Refugiándose en su faceta más profesional, sacó un pequeño tubo metálico, una aguja y un bote lleno de un líquido de color claro. Desenroscó el tapón del tubo con una pequeña manivela, pasó el líquido de un recipiente a otro y mojó la punta de la aguja en él, produciendo un sonoro chisporroteo.

Alexia no estaba dispuesta a aceptar órdenes de aquel hombre.

—No se atreva a hablarme en ese tono, maldito... —Se detuvo un instante en busca de una palabra que resultara suficientemente hiriente—... ¡Cachorrito! Gracias a Dios que no pertenezco a su manada.

Lord Conall Maccon, conde de Woolsey, era el macho alfa de los licántropos de la región y, por tanto, tenía acceso a un amplio abanico de métodos, a cual más cruel y despiadado, con los que ocuparse de la señorita Alexia Tarabotti. Sin embargo, en lugar de ofenderse ante semejante insulto (¡cachorrito, ni más ni menos!), se dispuso a utilizar su arma más ofensiva, resultado



de décadas de experiencias personales con más de una mujer lobo alfa. Era escocés de nacimiento, lo que, en este caso, en lugar de ser un defecto, le proporcionaba mejores argumentos con los que enfrentarse a una mujer de temperamento fuerte como aquella.

—Déjese de juegucitos verbales, jovencita, o me veré obligado a ir a buscar a su madre y traerla hasta aquí.

Alexia arrugó la nariz.

—Vaya, ¡me encanta! Recurriendo al juego sucio. Cuánta crueldad y qué gratuita —le reprendió la joven. Su madre, la señora Loontwill (cuyo apellido había adoptado de su segundo marido) desconocía la condición preternatural de su hija y, además, solía decantarse por naturaleza hacia el lado más frívolo de la realidad, fuera cual fuese la ecuación. Le gustaba vestir de amarillo y era propensa a los ataques de histeria. Juntar a su madre con un vampiro muerto y luego revelarle la verdadera identidad de su hija mayor era la forma más rápida de desatar un desastre de proporciones inimaginables.

Alexia tenía seis años cuando alguien le había hablado por primera vez de su condición de preternatural. El encargado de hacerlo había sido un amable caballero de cabellos y bastón plateado, un especialista en hombres lobo a las órdenes del gobierno. Además del cabello oscuro y de una nariz prominente, Alexia había heredado de su fallecido padre, italiano para más señas, tan peculiar condición. En realidad todo se reducía a que, para Alexia, las palabras *yo* y *mi* no eran más que conceptos teóricos. Ciertamente poseía una identidad y un corazón con el que sentir emociones, pero carecía de alma. La señorita Alexia, a sus seis años, había asentido educadamente al escuchar las palabras del amable caballero de cabellos plateados para, acto seguido, jurar que algún día leería todas las obras de la filosofía griega que tratasen sobre la razón, la lógica y la ética. Si no



poseía alma, también carecía de moral que guiara sus acciones, de modo que la mejor opción era desarrollar una alternativa. Su madre la consideraba una marisabidilla y le molestaba enormemente la inclinación de su hija por las bibliotecas. Requerir su presencia en una prometía ser un fastidio.

Lord Maccon dio un paso hacia la puerta con la clara intención de salir en busca de la señora Loontwill.

—¡Oh, usted gana! —cedió Alexia al fin, y se acomodó ruidosamente junto a la ventana, en un sofá de brocado color melocotón.

Al conde le agradó y al mismo tiempo le molestó ver que Alexia había recogido el cojín del suelo y lo había devuelto a su posición original sin que él hubiera advertido ni el más mínimo movimiento.

—Vine a la biblioteca a tomar el té. Me habían prometido que en este baile se serviría comida y, por si no se han dado cuenta, dicha comida no ha aparecido por ninguna parte.

Lord Maccon, que normalmente necesitaba una cantidad considerable de energía, especialmente del tipo proteínico, para funcionar de forma correcta, se había dado perfecta cuenta.

—El duque de Snodgrove es contrario a cualquier forma de despilfarro, especialmente cuando se trata de los bailes que organiza su señora esposa. Imagino que, para él, los víveres no son una muestra imprescindible de hospitalidad —explicó Lord Maccon con un suspiro—. Posee la mitad de Berkshire pero es incapaz de encargarse de unos sándwiches como es debido.

La señorita Tarabotti secundó las palabras del conde con un gesto de las manos.

—¡Esa es exactamente la cuestión! Comprenderá que me viese obligada a conseguir algo de comida por mi cuenta. ¿Acaso esperaba que me muriese de hambre?

Lord Maccon, dispuesto a no dejarse llevar por la



compasión, repasó con la mirada las curvas de la joven y comprobó que su cuerpo parecía mullido justo donde debía serlo.

—Sospecho que precisamente fue eso lo que pensó el vampiro al encontrarla aquí sin un acompañante —respondió Lord Maccon, frunciendo de nuevo el ceño—. ¡Una mujer soltera y sola en esta sociedad del progreso! Por todos los santos, si hoy hubiese luna llena, ¡yo misma la habría atacado!

Alexia miró al conde de arriba abajo y cogió su sombrilla.

—Mi querido Lord Maccon, nada me complecería más que lo intentara.

A pesar de su condición de macho alfa y origen escocés, el conde se encontró indefenso ante semejante provocación. Parpadeó sorprendido y luego retomó el ataque verbal.

—¿Es usted consciente de que las costumbres sociales de hoy en día existen por alguna razón?

—Estaba hambrienta. Debería considerarse una especie de excepción —respondió Alexia como si con aquello diese el tema por zanjado, incapaz de comprender la insistencia del conde.

El profesor Lyall, ajeno a las miradas de la pareja, buscó en los bolsillos de su abrigo hasta encontrar un sándwich de jamón en escabeche algo maltrecho envuelto en un pedazo de papel marrón que procedió a entregarle a la señorita Tarabotti con el más galante de los ademanes.

En circunstancias normales, Alexia se habría dejado llevar por el aspecto dudoso del sándwich, pero la intención era tan pura y el ofrecimiento tan desinteresado que no pudo sino aceptarlo. Pronto descubrió que estaba bastante bueno.

—¡Está delicioso! —exclamó sorprendida.

El profesor Lyall sonrió satisfecho.



—Los llevo encima para cuando mi señor se pone especialmente irritable. Más que suficiente para mantener a la bestia bajo control. —Frunció el ceño y luego añadió—: Excepto cuando hay luna llena, por supuesto. Ojalá entonces fuese suficiente con un sándwich de jamón en escabeche.

La señorita Tarabotti se volvió hacia el conde embargada por la curiosidad.

—¿Qué hace en las noches de luna llena?

Lord Maccon era plenamente consciente de que la señorita Tarabotti se estaba alejando del tema que les ocupaba. A punto de colmar su paciencia, decidió recurrir al uso de su nombre de pila.

—¡Alexia! —exclamó en forma de gruñido, prolongado y polisilábico.

Ella le ofreció lo que quedaba del sándwich.

—Mmm, ¿quiere la mitad, milord?

El ceño del conde adquirió una intensidad aún mayor, si es que tal cosa era posible.

El profesor Lyall se colocó las optifocales sobre el ala del sombrero, desde donde lo observaba todo con la mirada inquietante de un segundo par de ojos mecánicos, y dio un paso al frente, decidido a intervenir en la disputa.

—Señorita Tarabotti, creo que no comprende lo delicado de la situación. A menos que podamos demostrar que actuó en defensa propia como consecuencia del comportamiento irracional del vampiro, podría enfrentarse a una acusación de asesinato.

Alexia engulló el pedazo de sándwich que tenía en la boca tan deprisa que se atragantó y empezó a toser.

—¿Qué? —consiguió preguntar entre acceso y acceso.

Lord Maccon dirigió su oscura mirada hacia el profesor Lyall.

—¿Quién está siendo ahora demasiado directo para la sensibilidad de la señorita?



Lord Maccon era relativamente nuevo en el área de Londres. Llegó a la ciudad siendo un completo desconocido y, tras retar a su predecesor al mando del castillo de Woolsey, había vencido. Provocaba palpitaciones en los corazones de las jóvenes, incluso cuando no se mostraba bajo su apariencia de lobo, gracias al equilibrio perfecto entre misterio, altivez y peligro. Desde el día en que había jurado su cargo en el ORA, y posiblemente como resultado de la por entonces reciente adquisición del castillo de Woolsey y el título nobiliario que lo acompañaba, no le habían faltado invitaciones para asistir a las cenas más selectas. Habían sido tiempos difíciles para su beta, obligado a seguir el protocolo y cubrir los numerosos deslices sociales de Lord Maccon, todo al mismo tiempo. Hasta el momento, el exceso de franqueza del conde había sido su principal caballo de batalla. En ocasiones, llegaba incluso a contagiarse. No había sido su intención asustar a la señorita Tarabotti, pero ahora esta se mostraba de lo más contenida.

—Yo solo estaba aquí sentada —explicó Alexia, apartando el sándwich a un lado—. Él se abalanzó sobre mí sin que mediara provocación alguna. Tenía los colmillos preparados. Estoy convencida de que, si yo hubiera sido una mujer normal y corriente, me habría chupado hasta la última gota de sangre. No me quedó más remedio que defenderme.

El profesor Lyall asintió. Un vampiro en estado de extrema inanición solo tenía dos opciones: beber la sangre de algún zángano a su servicio, y siempre en dosis reducidas, o pagarse una prostituta de las que se dedicaban al comercio de la sangre en los callejones del puerto. Al fin y al cabo, estaban en el siglo diecinueve y uno no podía ir por ahí atacando a la gente sin invitación ni aviso previos. Incluso los licántropos, incapaces de controlarse en las noches de luna llena, se aseguraban de tener suficientes ayudantes a su servicio que se



encargarán de encerrarlos en un lugar seguro. Él mismo tenía tres, y Lord Maccon, cinco.

—Quizás alguien lo ha empujado hasta semejante estado de desesperación —reflexionó el profesor en voz alta.

—¿Quiere decir que alguien lo ha mantenido preso hasta el borde de la muerte por inanición y, por tanto, le ha privado de sus facultades? —preguntó Lord Maccon, considerando las posibles implicaciones.

El profesor Lyall se colocó de nuevo las optifocales sobre la nariz y observó detenidamente las muñecas y el cuello del muerto a través de su ojo ciclópeo.

—No hay signos de confinamiento o tortura, aunque con un vampiro nunca se sabe. Incluso con bajos niveles de sangre, las heridas superficiales se curarían en... —Cogió el tubo metálico y la aguja de Lord Maccon, introdujo la punta en el líquido chispeante e hizo algunos cálculos rápidos— poco más de una hora. —El resultado de las operaciones permaneció grabado en el metal.

—¿Y luego qué? ¿Logró escapar o fue liberado intencionadamente?

—A mí me ha parecido del todo cuerdo —intervino Alexia—, aparte de episodio del ataque, por supuesto. Capaz de mantener una conversación coherente, incluso de intentar seducirme. Debía de tratarse de un vampiro muy joven. Y —se detuvo, bajó el tono y añadió con voz de ultratumba, intentando darle al momento un toque dramático—: los colmillos le hacían cecear.

El profesor Lyall la miró sorprendido, parpadeando extrañamente a través de sus lentes asimétricas; entre los vampiros, cecear era considerado el culmen de la vulgaridad.

—Era como si desconociera los aspectos básicos de la etiqueta propia de una colmena, sin clase social alguna —continuó la señorita Tarabotti—. Un pobre patán, vamos. —Una palabra que nunca hubiese imaginado poder aplicar a un vampiro.



Lyall se quitó las optifocales, las devolvió a su pequeño estuche con aire resolutivo y se volvió hacia su alfa.

—Sabe qué significa esto, ¿verdad, señor?

Lord Maccon ya no fruncía el ceño. Su rostro había adquirido un rictus siniestro. A Alexia aquella expresión le pareció de lo más favorecedora: los labios comprimidos en una fina línea y un destello de determinación iluminando sus ojos. Se preguntó qué aspecto tendría con una sonrisa dibujada en los labios, aunque enseñada decidió que sería mejor no tratar de averiguarlo.

—Significa que la reina de alguna colmena está moriendo para metamorfosear sin tener en cuenta la normativa del ORA —respondió el objeto de sus cavilaciones.

—¿Cree que podría tratarse de un caso aislado? —El profesor Lyall extrajo un trozo de tela blanca doblada primorosamente de su chaleco y la sacudió hasta convertirla en una sábana de seda de grandes dimensiones. La capacidad de aquel hombre para almacenar los objetos más inverosímiles en tan escueta prenda era cuanto menos impresionante.

—También podría ser el principio de algo mucho más importante —continuó Lord Maccon—. Será mejor que regresemos a las oficinas del ORA. Tenemos que interrogar a las colmenas locales. No creo que las reinas estén especialmente contentas. Más allá de lo evidente, este incidente puede resultarles muy embarazoso.

La señorita Tarabotti no podía estar más de acuerdo.

—En especial si descubren la elección de camisa que esta noche se ha perpetrado en mi presencia.

Los dos caballeros envolvieron el cadáver del vampiro con la sábana de seda y el profesor Lyall se lo cargó al hombro sin apenas esfuerzo. No en vano, los hombres lobo eran considerados más fuertes que el común de los mortales, incluso sin haberse transformado.

Lord Maccon posó su mirada leonina en Alexia. La



joven ocupaba su asiento con primorosa gracia, sujetando con una de sus enguantadas manos el mango de ébano de su ridícula sombrilla. Tenía los ojos entornados y parecía inmersa en sus cavilaciones. Lord Maccon hubiese pagado cien libras por conocer los pensamientos de la joven en aquel preciso instante, aunque sabía a ciencia cierta que ella estaría encantada de explicárselo si se lo preguntaba. El conde, sin embargo, no estaba dispuesto a darle semejante satisfacción. En su lugar, prefirió arriesgarse.

—Trataremos de mantener su nombre al margen, señorita Tarabotti. El informe hablará de una chica normal y corriente que, con la suerte de su lado, consiguió escapar de un ataque tan injustificado como el que se ha dado hoy aquí. Nadie tiene por qué saber que hay un preternatural involucrado.

Ahora le tocaba a Alexia esgrimir su mirada más severa.

—¿Por qué los del ORA siempre hacen eso?

Los dos caballeros la miraron, confusos.

—¿Qué hacemos exactamente, señorita Tarabotti?

—preguntó el profesor.

—Menospreciarme como si no fuese más que una niña. ¿Alguna vez han pensado que podría serles de utilidad?

—Querrá decir que así podría ir por ahí causando problemas amparada por la legalidad en lugar de únicamente entorpecer nuestra labor a todas horas.

Alexia intentó no sentirse herida.

—El ORA también emplea a mujeres, y tengo entendido que incluso tienen un preternatural en nómina en algún lugar del norte, para exorcismos y control de fantasmas.

Lord Maccon entornó sus hermosos ojos color caramelo.

—¿Quién le ha contado eso exactamente?



La señorita Tarabotti arqueó las cejas. ¡No pensaba traicionar a las fuentes de información que compartían sus descubrimientos con ella en la más estricta confidencialidad!

El conde comprendió su mirada al instante.

—Está bien, olvide la pregunta.

—No tengo intención de hacerlo —respondió Alexia con recato.

El profesor Lyall, que seguía cargando con el cuerpo sin vida del vampiro sobre el hombro, se apiadó de ella.

—Está usted en lo cierto, señorita Tarabotti —admitió.

Lord Maccon trató de darle un codazo en el costado, pero el agredido se apartó justo a tiempo con la gracia que solo los años de práctica otorgan.

—Pero lo que no tenemos es a una mujer y preternatural al mismo tiempo, y desde luego a ninguna señorita de su posición social. Todas las mujeres que trabajan para el ORA son de clase trabajadora.

—Lo que le pasa es que aún me guarda rencor por lo de los erizos —murmuró la señorita Tarabotti, asintiendo al mismo tiempo con la cabeza. No era la primera vez que mantenía una conversación como aquella, aunque entonces su interlocutor había sido el superior directo de Lord Maccon en el ORA, un hombre al que Alexia prefería referirse como el Amable Caballero de Cabellos Plateados. La idea de que una joven de su clase quisiera trabajar resultaba demasiado chocante. «Querida», le había dicho él, «¿qué pasaría si su madre lo descubriera?»—. ¿Acaso no son secretas las operaciones del ORA? Podría trabajar en secreto.

No estaba dispuesta a rendirse tan fácilmente. Al menos al profesor Lyall parecía agradecerle su presencia. Quizás podría hablar bien de ella ante sus superiores.

Lord Maccon soltó una carcajada.

—Es usted tan capaz de trabajar en secreto como un



mazo—se burló, y un segundo más tarde maldijo su falta de tacto al ver la expresión de desolación en el rostro de Alexia, quien, a pesar de sus esfuerzos por ocultarlo, no logró disimular la tristeza.

El profesor Lyall sujetó a Lord Maccon por el brazo con la mano que le quedaba libre.

—Señor, compórtese.

El conde se aclaró la garganta con gesto contrito.

—No era mi intención ofenderla, señorita Tarabotti—se excusó, y su voz recobró de pronto la cadencia de su Escocia natal.

Alexia asintió, sin levantar la vista del suelo y jugueteando distraída con los pensamientos que decoraban su sombrilla.

—Señores, es solo que—y, cuando levantó sus oscuros ojos del suelo, había un brillo indeterminado en ellos—me encantaría hacer algo útil.

Lord Maccon esperó a estar a solas con su beta en el pasillo, después de despedirse de la joven convenientemente, o al menos así lo había hecho el profesor, para hacer la pregunta que en realidad le preocupaba.

—Por todos los santos, Randolph, ¿por qué no se limita a encontrar un marido? —exclamó lleno de frustración.

Randolph Lyall miró a su alfa con una expresión de genuina confusión. El conde solía ser un hombre muy perspicaz, a pesar de las continuas bravatas y el sempiterno mal humor escocés.

—Ya es un poco mayor para eso, señor.

—Tonterías —replicó Lord Maccon—. No puede tener más de un cuarto de siglo, año arriba, año abajo.

—Y es una joven muy... —continuó el profesor, buscando una forma más caballerosa de decirlo—... firme en sus ideas.

—Bah. —El conde descartó la idea con un gesto de la mano—. Simplemente tiene más sangre en las venas que



la mayoría de las mujeres de este siglo. Seguro que más de un caballero se retiraría ante semejantes valores.

El profesor Lyall, orgulloso poseedor de un sentido de la conservación perfectamente desarrollado, sabía que si hacía algún comentario desacertado sobre la apariencia física de la joven, bien podría sufrir la amputación traumática de la cabeza. Él, y el resto de la sociedad más educada de Londres, consideraban la piel de la señorita Tarabotti demasiado oscura y su nariz excesivamente prominente. Lord Maccon, al parecer, no opinaba lo mismo. Lyall había sido beta del cuarto conde de Woolsey desde el día que Conall Maccon puso el pie en la ciudad por primera vez. Apenas habían pasado veinte años desde entonces, y los recuerdos de aquella sangría seguían tan presentes que ningún hombre lobo estaba preparado para cuestionar por qué Conall había decidido hacerse cargo del área de Londres, ni siquiera el profesor Lyall. El conde era un hombre confuso y su gusto por las mujeres igualmente desconcertante. Por lo que Lyall había podido deducir, a su alfa le gustaban las mujeres de perfil clásico, piel morena y firme temperamento. De modo que prefirió guardarse sus opiniones para otro momento.

—Quizás sea su apellido italiano, señor, lo que espante las campanas de boda.

—Mmm —asintió Lord Maccon—, probablemente se trate de eso. —Aunque no parecía muy convencido.

Los dos hombres lobo abandonaron la residencia del duque y se adentraron en la oscura noche londinense, uno cargando con el cuerpo sin vida de un vampiro y el otro con una expresión de perplejidad en el rostro.

